

guardia negra y de las belicosas tribus del Riff, quisieron probar fortuna creyendo apoderarse de la Aduana, vasto edificio ocupado por nuestras tropas, y envolver el campamento.

Así empezaron por desplegar fuerzas y mas fuerzas de caballería á nuestra derecha, acaso con la imponderable prevision de que no se escapase uno de nosotros siquiera por la playa, y concentraron sus masas de infantería por nuestra izquierda, mezclándose en el centro infantería y caballería para reforzar los puntos amenazados y maniobrar apoyadas en su campamento y en las casi inofensivas baterías que le defienden. Este, al parecer, era el plan de ataque del enemigo.

Podrá discutirse sobre la oportunidad ó inoportunidad de haber aceptado este combate en el terreno que nos le presentaba el enemigo cuando no habia el propósito deliberado de adelantar nuestro campamento y ocupar las posiciones que tomásemos; pero la verdad es que nuestros soldados no debian permanecer inactivos, que nuestros generales no debian encerrarse en sus trincheras en vista de aquel reto temerario y audaz de los marroquíes. Casi se hubiera tenido por una vergüenza para el ejército español, y acaso habria engreido al enemigo, que sin duda presentaba la batalla valido de los refuerzos que le habian llegado y alentado por la direccion nominal de los dos imperiales caudillos.

La posicion de nuestras tropas fué la siguiente: en el centro inclinándose á la izquierda, las divisiones que mandan los generales Rios y Rubin, é inclinándose á la derecha, el cuerpo de ejército del general Ros de Olano, cerrando los dos extremos de esta estensa línea el segundo cuerpo de ejército que manda el general Prim, cuyas divisiones tuvieron necesidad de dividirse, ocupando la del general Orozco nuestra extrema izquierda, y la del general O Donell (D. Enrique) nuestra extrema derecha.

Desde el momento en que los árabes empezaron á bajar de su campamento, se mandó á la division de caballería que estuviese lista, cuya brigada de coraceros fué la primera que entró en fuego, cargando sobre el centro enemigo.

Las dos baterías del regimiento de artillería de á caballo, mandadas por los Sres. D. Alfonso Córdoba y D. Eduardo Ozores,

bre blando, no de guerra, como dicen los moros. Su hermano Sidi-Hamed, llegado el 29 de enero en el campamento, es bastante mas negro que él, mas jóven, tiene 28 años, y mas alocado, habiendo emprendido la guerra con grandes alientos y haciendo por el camino muchas gallardias y locuras.

se adelantaron en la misma direccion del centro, y la que manda el Sr. D. Agustin Ruiz de Alcalá, que habia quedado de reserva en la Aduana, se la mandó adelantar para proteger la carga dada por la brigada de coraceros, dividiéndose despues esta última batería en dos secciones, una mandada por el Sr. Alcalá, que fué á ocupar la izquierda, y otra mandada por el Sr. D. Ramon Fernandez de Córdoba, que fué á la derecha, hácia cuyo punto se adelantó tambien todo el tercer regimiento montado para envolver el ala izquierda del enemigo y apoyar una brillantísima carga á la bayoneta de los bizarros batallones de Baza, Ciudad-Rodrigo y Albuera, que desalojaron instantaneamente al enemigo de las alturas en que estaba solidamente posesionado y en donde empieza la defensa de su campamento. La batería de montaña del Sr. Lopez Dominguez ocupaba la izquierda y la del Sr. Goñi la derecha, protegiendo aquella division la caballería y esta avanzando con los batallones que tomaba las alturas. La batería de cohetes, dividida tambien en dos secciones, funcionó tambien con buen resultado en esta jornada.

Nos hemos estendido un poco en dar á conocer á nuestros lectores la posicion de todas las baterías, porque prescindiendo de las cargas sucesivas de nuestra caballería y de la carga á la bayoneta de los batallones ya citados, los honores de la accion que describimos pertenecen de derecho á la artillería que apagó los fuegos de una batería enemiga por medio de la batería que mandaba D. Ramon Courtoy, que atravesó terrenos, lagunas, rios y vericuetos al parecer inaccesibles, que por medio de la batería de cohetes dispersó y ahuyentó á la caballería enemiga, que estuvo al lado de nuestras guerrillas, que por medio de las baterías de montaña de los Sres. Lopez Dominguez y Goñi, llegó hasta donde fueron las fuerzas mas avanzadas de nuestra línea, que desmontaron un cañon de montaña que con grandes esfuerzos bajaron los moros al llano y sostuvo todo el dia un fuego horrible, espantoso, de que apenas es posible formar idea sin verlo. Algunas de estas baterías llegaron á estar á 1,120 metros de las enemigas, de modo que las balas de los cañones de á 3 del campamento enemigo llegaban perfectamente. La batería de montaña del Sr. Lopez Dominguez, que se compone de 50 hombres, y que en nuestra izquierda estuvo apoyando á la division del general Rios, tuvo un sargento muerto, 10 heridos y 10 contusos. Los tenientes Sres. Arguelles y Salas, de dicha batería, resultaron herido el primero y contuso el segundo.

Las cargas de la caballería fueron bizarrísimas, acaso más de lo debido. Quizás una emulación noble y patriótica, pero contra cuyos excesos es necesario estar prevenido en los campos de batalla, decidió á los valientes escuadrones de coraceros á cargar tal vez prematuramente, tal vez más aprisa y con más arrojo del necesario. Toda España sabe la heroica carga de los húsares el día 1.º en los Castillejos: toda España sabe también como se han conducido los escuadrones de lanceros de Farnesio en el día 23 en este valle. Pues bien, los coraceros, que hasta ahora no han tenido ocasión de demostrar el valor, el patriotismo y el arrojo que los animan, han querido en la primera carga que han dado, ser tanto, ser más que sus heroicos compañeros de armas. Y en efecto, su arrojo, su intrepidez en cargar sobre fuerzas de caballería enemiga muy superiores, rayaron en frenesí, superan, á toda ponderación.

Hubo un momento de una horrible ansiedad: nuestra caballería estaba rodeada por todas partes por caballería é infantería enemiga, y á pesar del acuchillamiento general que en la morisma hacían nuestros valientes coraceros, de la llanura, de los matorrales, de los vericuetos, de todos lados salían sin cesar oleadas y turbiones de aquellas figuras fantásticas vestidas de blanco que acudían en socorro de sus compañeros amenazados. Nuestra caballería se retiró, y entonces un diluvio de granadas que vomitaron nuestros cañones rayados, dejó limpio y despejado aquel terreno, antes cuajado de musulmanes y después ensangrentado y cubierto de cadáveres enemigos.

Nuestra caballería tuvo, en los diversos escuadrones que cargaron, 18 muertos y 45 heridos. El señor don Fernando Vir, comandante del Rey, resultó herido, el señor Cabrero muerto, y el señor don José Iriarte herido; el capitán don Francisco Nebot y el alférez don Joaquín Selva, del escuadrón de la Reina, heridos; los capitanes don Julián Marawoski y don José de Flores y el teniente don Luis Gascon Mascom, del Príncipe, heridos; el teniente don Diego Muñoz del 4.º de húsares, herido; el comandante don Antonio Barbería, herido, y el oficial don Rafael Viloria, muerto, del 1.º de Farnesio; el alférez del 2.º señor don Juan Búrgos, herido. El bizarro comandante Coello está herido, pero no de gravedad en la cabeza: lo han sido también los jefes y oficiales de estado mayor señores Assino, Cea é Ibarretes; todos ellos se han conducido con un valor verdaderamente heroico.

Cuando los batallones de Baza, Ciudad-Rodrigo y Albuera,

con un escuadrón de lanceros de Farnesio, se apoderaban á la bayoneta de las alturas tan tenazmente defendidas por el enemigo, la división del general O'Donnell (don Enrique) venía por la derecha formada brillantísimamente como en una parada, ondeando al aire las banderas de los diversos cuerpos y tocando sus bandas de música himnos conmovedores para tomar por la espalda dichas posiciones. Más de mil caballos tenían enfrente, y sin llevar artillería ni caballería, formando toda la división cuadros escalonados, avanzó hasta donde el terreno se lo permitía, haciendo retroceder siempre al enemigo.

Habiendo hecho alto esta división un jinete árabe que había estado dirigiendo los moros de caballería é infantería enemiga durante todo el combate, se adelantó algún tanto hacia nuestros batallones con cuatro ó seis jinetes. Iba vestido todo de grana y se le había visto siempre en los sitios de mayor peligro. El general O'Donnell (don Enrique), hizo adelantar por su parte á su ayudante señor Maturana, con ocho guardias civiles y cuatro ordenanzas, no con objeto de cargar, sino para observar los movimientos del enemigo; pero al llegar al punto que se le había señalado, se encontró en frente á dicho extraño jinete con sus cuatro ayudantes, y á cada lado una docena de jinetes árabes más.

Sin inmutarse, sin temor alguno, con una bizarría heroica, cargó el señor Maturana con los ocho valientes que le acompañaban sobre el ejército marroquí y se mezclaron todos, moros y cristianos. Habiendo caído de su caballo uno de los guardias civiles, ocho ó diez moros dirigidos por el jefe quisieron hacerle prisionero, y entonces el señor Maturana, viendo que era inútil el sable acudió á su revolver y mató al jefe é hirió á otros dos moros. El enemigo se pronunció en retirada, mucho más cuando dos compañías de la Princesa y una de Toledo, desplegadas en línea de tiradores, se aproximaban para apoyar á sus hermanos de peligro.

Según la declaración de los prisioneros que se han hecho, el muerto era el jefe de mayor graduación y de mayor prestigio en el Imperio después de las personas reales. Su traje consistía en un riquísimo jaique de grana forrado de seda y con botonadura de seda también; llevaba debajo una túnica azul y una camisa muy fina. Estas prendas se hallan en poder del general don Enrique O'Donnell, y el caballo que montaba dicho jinete en él del señor conde de Reus, que se había quedado con esta división de su cuerpo de ejército.

En el cuartel general del general O' Donnell hubo algunas bajas. El señor Dolz, brigadier de artilleria, y que se hallaba al lado del general en jefe, recibió un balazo en la frente que, aunque no le profundizó, puede producir un derrame cerebral y causarle la muerte.

El señor Saavedra, tambien de artilleria, resultó contuso en la cabeza, y uno de los guardias civiles que iba en la escolta, herido: los señores Castillo, auditor del segundo cuerpo de ejército, y Chia, correo de gabinete, recibieron fuertes contusiones.

El conde de Lucena, que tiene las privilegiadas condiciones de inteligencia que se piden á un general en jefe, no se ha sabido despojar hasta ahora de ese valor, de ese arrojo, ó por mejor decir, de ese indiferentismo á las balas, que es bueno siempre en los subalternos, pero que por regla general no puede ni debe aplaudirse en un general en jefe, y mucho mas si como el conde de Lucena es el alma de este ejército y reasume la inmensa responsabilidad que sobre sus hombros gravita. Por eso es de sentir ver con harta frecuencia al conde de Lucena hasta en las guerrillas.

He aquí ahora las bajas que tuvieron los cuerpos que se espresan en la batalla de este dia:

*Regimiento de la Reina, núm. 2.*

	Muertos.	Heridos.	Contusos.
Sargentos.	»	1	2
Cabos.	»	1	»
Soldados.	2	6	8

*Infante, núm. 5.*

Cabos.	»	1	»
Soldados.	»	2	7

*Cazadores de Vergara, núm. 15.*

Capitanes.	»	»	3
Oficiales.	»	2	1
Sargentos.	»	2	1
Soldados.	1	11	8

*Cazadores de Ciudad Rodrigo, núm. 9.*

Capitan.	»	»	1
Sargentos.	»	4	2

	Muertos.	Heridos.	Contusos.
Cabos.	»	2	5
Soldados.	1	14	11

*Cazadores de Baza, núm. 12.*

Sargentos.	»	1	1
Cabos.	»	2	3
Corneta.	»	»	1
Soldados.	»	9	20

RESÚMEN.

	Muertos.	Heridos.	Contusos.
Capitanes.	»	»	4
Oficiales.	»	2	1
Sargentos.	»	8	6
Cabos.	»	6	8
Cornetas.	»	»	1
Soldados.	4	41	54

Por este mismo tiempo, empezaron á cundir rumores sobre negociaciones de paz no faltando quien se atreviese á indicar las bases del tratado. A poco de reflexionar, podia facilmente conocerse que los rumores en asuntos de este género eran cuando menos prematuros. Teniendo en cuenta los motivos que han provocado la guerra, los sacrificios que nos ha costado en sangre de inestimable precio y en recursos de todas clases; cuando contamos nuestros triunfos por los hechos de armas de nuestro ejército; cuando nos encontramos frente á los muros de Tetuan y tal vez con la seguridad de que antes de mucho se halle en nuestro poder, aumentando el número de las ventajas que nos abonan, no es presumible que el gobierno español, se preste á entrar en convenciones, cuyas bases nos han de ser tanto mas favorables cuanto mas apurado se vea el jefe del imperio marroquí. Nó: la razon y el derecho van grabados en los lienzos de nuestras banderas: el pais entero se presta voluntario y entusiasta á verter su última gota de sangre é invertir su último real, para convencer á las hordas africanas y al universo entero de que estimamos en mucho nuestra honra y no sufrimos ultrages impunemente. Cuando por parte de Marruecos tengamos todas las seguridades que debemos y podemos exigir para lo sucesivo, y haya pagado en lo

que vale el agravio que nos ha inferido, entonces serán escuchadas sus ofertas y aceptadas las que sean bastantes á satisfacernos. Estos son los deseos generales, esta la justicia, y de acuerdo con esta y con aquellos obrará el gobierno de S. M. conociendo como conoce perfectamente sus deberes, y sabiendo como sabrá aprovechar la ventajosa posicion en que ha sabido colocarse.

Una coincidencia mas ó menos notable habia dado lugar á que se difundiesen y tomasen fuerza tales rumores de paz. Segun avisaba el general en jefe desde el cuartel general á la vista de Tetuan, habia llegado el 29 de enero al campamento marroquí, Sidi-Hamed, hermano del Emperador, llamado el iracundo por los moros, y el 30 se habia presentado en el puerto pidiendo ser admitido á recorrer nuestro campamento el gobernador ingles de Gibraltar. La llegada de estos dos personajes á los dos campamentos, hizo sospechar si ambos serian portadores, el uno oficial el otro oficioso, de algun mensaje pacífico. Los moros recibieron al hermano de su Emperador con salvas y ruidoso estrépito: el general O'Donnell recibió al gobernador de Gibraltar con cortesía, y concediendole el permiso que solicitaba para visitar el campo, dió orden al coronel Gurrea gobernador del cuartel general para que le acompañase en su visita.

La de Sidi-Hamed al campamento marroquí se puso de manifiesto en el reñido combate del 31, desvaneciéndose completamente todas las sospechas de paz que habian comenzado á concebirse. El hermano del Emperador llegó con tropas y municiones de refuerzo al campo de sus compatriotas, y dispuso con Muley-Abbas un rudo y desesperado ataque á los nuestros. Lástima que el gobernador de Gibraltar no se hubiera detenido lo bastante para presenciar la accion: habria visto jugar la artillería que le llamó la atencion estando callada y habria podido admirar el arrojo y decision de las demas armas.

Segun se ha visto, el enemigo abandonó sus posiciones en número considerable y penetró en el valle decidido á dar una gran batalla, á la cual le animaban los nuevos refuerzos y la presencia de un príncipe mas en sus filas.

Nuestras tropas le recibieron y salieron al encuentro con su acostumbrado valor; la artillería hizo estragos considerables en sus filas; la caballería destrozó en poco tiempo sus apiñados escuadrones, y las bayonetas de la infantería probaron una vez mas su irresistible empuje. Cálculase la pérdida del enemigo en mas de dos mil hombres fuera de combate: la vega quedó cubierta de

cadáveres y heridos abandonados en la precipitada fuga en que al fin tuvieron que pronunciarse los marroquíes; y el ejército español cuenta otra gran victoria entre sus blasones. Sidi-Hamed debió convencerse de que no era mas afortunado que su hermano Muley, y acaso esta leccion le haya servido de escarmiento.

Desembarcados ya el tren de sitio y el de ingenieros, no tardarán en colocarse las baterías; y se obligará á los marroquíes á dejar las laderas desde las cuales protegen á Tetuan, ocultandose al otro lado de los montes ó bajando de nuevo al llano á servir de blanco á nuestros cañones.

Es probable que despues de la accion del 31 de enero, el escarmiento del ejército marroquí haya dado mas fuerza á la opinion de los habitantes de Tetuan que prefieren entregar la plaza á esponerse inutilmente á los horrores de un sitio.

Seria de desear que prevaleciese esta opinion sobre todas las que preocupan los ánimos de aquellas gentes, pues aunque en la toma de Tetuan creemos que nuestras pérdidas no han de ser grandes, siempre serán sensibles por leves que fueren; porque debemos alegrarnos de que se ahorre en lo posible la sangre de aquellos que no nos hostilizan con las armas; y ultimamente, porque habiendo de conservar la plaza, nos evitaríamos el reponer despues lo que ahora nos viesemos obligados á destruir.

Si la presencia del hermano del Emperador en el campamento marroquí ha quedado esplicada por la accion que hemos referido, la del gobernador de Gibraltar en el nuestro no ha tenido hasta ahora esplicacion. Este funcionario pasó al cuartel general, lo recorrió, lo examinó, dirigió algunas palabras de cortés elogio á las tropas, y se volvió por donde habia ido. ¿Que objeto le llevaba al campamento? A juzgar por las apariencias, solamente el de satisfacer su curiosidad; acaso no fue como gobernador de Gibraltar, sino como un viajero cualquiera, como un oficial del ejército inglés que deseaba examinar la actitud de un ejército español en campaña. Todos los oficiales y viajeros de naciones amigas son bien recibidos en el cuartel general, y no podia menos de serlo tambien el gobernador de Gibraltar.

Su visita servirá, tal vez, para que el órgano oficial de la plaza, tan inclinado hasta ahora á ponderar los hechos de los marroquíes, vaya reformando su opinion; y pueda dar la noticia de que el puerto de Tetuan está abierto al libre comercio de todas las Naciones.